

## RECUERDOS DE UN ALUMNO

*Héctor Balsas*

Estamos reunidos en la Academia Nacional de Letras del Uruguay para recordar a uno de sus integrantes más conspicuos, cuyo centenario de nacimiento se conmemora este año de 2007. Me refiero al Prof. Juan Llambías de Azevedo, quien ingresó en esta Academia el 19 de agosto de 1966 para ocupar el sillón “Carlos Vaz Ferreira”, que abandonó al morir el 10 de mayo de 1972.

Juan Llambías de Azevedo tiene gran importancia en la vida cultural del país y lo demostrarán, con conocimiento de causa y seguridad de expresión, los oradores que me seguirán en el uso de la palabra. Yo no vengo a destacar esa importancia sino a cumplir un acto de justicia que no siempre es posible realizar.

Vengo, como ex alumno del Prof. Llambías de Azevedo, a decir simplemente que lo conocí, que lo traté en la relación profesor-alumno y que aproveché sus enseñanzas hasta donde pudo mi entendimiento.

Una generación nos separaba cuando, en 1946, al comienzo del año lectivo, se presentó en el aula correspondiente al 6° A de los Institutos Normales de Montevideo. Era el profesor de Lógica, estudio que se transmitía en un curso entero y que brindaría al alumno más de un instrumento de trabajo para desempeñarse en una delicada y comprometedor labor. En los estudios magisteriales del Uruguay de mediados del siglo XX, la Filosofía ocupaba un lugar adecuado a las necesidades culturales de los alumnos. Futuros maestros tarde o temprano. Incluía un curso de Psicología, otro de Lógica y otro de Moral y Metafísica, dictados en ese orden. Entre las asignaturas profesionales (Pedagogía, Didáctica, Filosofía de la Educación, Psicopedagogía, Legislación Escolar) y el resto (desde Sociología hasta Canto Coral), estaba la Filosofía situada con exactitud para que nadie pudiera desaprovecharla. Y, dentro de ella, Lógica descollaba por su reflexión y, para mí y mis condiscípulos, por su profesor.

No puedo asegurar si los había mejores o peores. Solamente señalo que Llambías de Azevedo –justo en el medio de la carrera profesional de treinta estudiantes- merecía elevada consideración por su desempeño, su bonhomía, su trato afable aunque serio y su vastedad de conocimientos, puestos de manifiesto con sencillez pero con rigor didáctico, lo que hacía que lo abstruso no lo fuera tanto ni lo elemental pareciera insípido.

Me vienen a la memoria en este momento algunos puntos dignos de destaque: el texto de Lógica de Romero y Pucciarelli (excepcional para un lego como yo), las clases sobre el concepto de “juicio”, el apasionante estudio de los silogismos y su correspondiente prueba objetiva para la calificación final de cada estudiante. Pantallazos como estos suelen aparecer en el recuerdo y son los que dan idea de cómo quedó prendida en la memoria individual y colectiva la talla intelectual de un profesor. Llambías de Azevedo reunía muchos pequeños y grandes detalles que lo hacían imborrable. Hoy, después de sesenta y un años de haber recibido su palabra benéfica, siempre clara nunca agresiva, puedo decir lo que digo, y me tomo el atrevimiento de hablar además en nombre de mis compañeros de aula, quienes –sin duda alguna- las suscribirán sin pensarlo dos veces.